

teniendo sobre los enemigos de nuestra fe y de nuestra raza la más gloriosa y completa victoria que hayan presenciado los siglos. El más rico despojo de esa derrota que sufrió el turco está enriqueciendo el altar de Santa María de las Victorias. ¿Qué adorno de mayor precio, qué joya de más valor pudiera ostentar la primera basílica del mundo, San Pedro, si allí hubieran sido colocados estos sublimes trofeos del más espléndido triunfo alcanzado por los ejércitos cristianos contra las huestes entonces poderosas de los viles sectarios de Mahoma?

## CAPÍTULO DÉCIMOQUINTO.

La *Via Venti Settembre*.—La Puerta Pía.—La *Via Nomentana*.—Santa Inés.—Historia de la última restauración.—Descripción de la iglesia.—La Catacumba.—Santa Constanza.—La Plaza de *Monte Cavallo*.—El Quirinal.—El Foro Trajano.—La Columna Trajana.—Iglesia de los Santos Apóstoles.—El palacio Colonna.—La Fuente de Trevi.—San Andrés de la Fratte.

NINGÚN católico de corazón puede atravesar sereno la gran avenida que corre de la plaza del Quirinal hasta la Puerta Pía, á cuya extensa hilera de calles han dado los italianos el nombre de *Via Venti Settembre*. El memorable 20 de Setiembre de 1870 corrió por esa vía la noble sangre de los heroicos defensores del Papa, sorprendidos por los revolucionarios que entraban en la ciudad por la brecha que abrieran en la muralla junto á la Puerta Pía. La gran Metrópoli del Catolicismo era asaltada por las huestes de Víctor Manuel; el Sumo Pontífice caía prisionero en manos de sus perseguidores, y los enemigos de la Iglesia se adueñaban de una parte muy principal del patrimonio de ésta. Roma, la capital del mundo católico, era arrebatada á su legítimo dueño, menos que por el valor de los asaltantes, por las maquinaciones de la secta y por la obra de un monarca que alevosamente había abierto á los italianos el camino para llegar á la Ciudad Eterna. El César francés que acababa de entregar en México al desgraciado Maximiliano en poder de sus enemigos, dando un triunfo inesperado á las desorganizadas fuerzas de la república, franqueaba las puertas de Roma á la revolución italiana y ponía en sus manos el te-

soro de la Iglesia y entregaba maniatado al virtuoso Pontífice; rompiendo pactos sacratísimos que le obligaban á la defensa del Papa y de su legítima soberanía en los Estados Pontificios. Bien caro pagó con el trono, con la honra y con la vida tan criminal conducta; recibiendo el más severo y ejemplar castigo, en el cual se vió envuelta la misma Francia, responsable hasta cierto punto del abandono en que se dejó al Vicario de Jesucristo en los momentos en que no le era posible hacer los aprestos necesarios para su defensa. Valiera más que desde un principio los franceses no hubieran prestado á Pío IX su aparente protección. Se la habrían impartido generosa y lealmente otras naciones católicas: el Papa mismo habría reunido con anticipación los elementos con que pudo haber contado para resistir á la agresión italiana, y los revolucionarios se habrían visto obligados á retirarse de Roma, desistiendo, tal vez para siempre, de su atrevida y temeraria empresa.

Ocupados con estos pensamientos fuimos llegando á la Puerta Pía, por donde la impía y despiadada revolución penetró en la Ciudad Eterna, que contra todo derecho divino y humano está poseyendo hace más de diez y ocho años.

Esta puerta reemplazó en 1564 á la *Nomentana*, que tenía este nombre por hallarse sobre la ruta así llamada que conducía á *Nomentum*, villa latina edificada por *Latinus Sylvius*. El nombre actual lo tomó de Pío IV que la mandó construir, encargando el adorno de la fachada interior á Miguel Ángel, quien no pudo terminar la bizarra decoración que había proyectado; quedando ésta sin concluir hasta el año de 1852, en que Pío IX, al hacerla reparar por los desperfectos que sufrió durante la revolución de 1849, dispuso que fuese completado el adorno bajo la dirección del arquitecto Vespi gnani.

Años después, el mismo arquitecto dirigió la fachada exterior. Es toda de travertino decorada con cuatro columnas de granito de orden corintio, que dejan dos intercolumnios en los cuales hay incrustados en el macizo dos nichos que contenían las estatuas de San Alejandro y Santa Inés. Las

balas sacrílegas del 20 de Setiembre no respetaron estas obras de arte, que fueron completamente destruidas, habiendo quedado la puerta en lamentable estado de deterioro. En la actualidad se encuentra restaurada.

Ha sido costumbre de los grandes de Roma, formarse en las afueras de la ciudad casas de placer que llaman *villas*, en donde muchos han gastado fuertes sumas levantando soberbios palacios cercados de bellísimos jardines. En todos los alrededores de la ciudad se encuentran estas magníficas residencias, que cualquiera de ellas puede servir de alojamiento á un monarca. Algunas visitamos en el interior; vimos otras solamente desde afuera: de aquellas harems en su oportunidad la correspondiente descripción, mencionando simplemente las que veamos al paso.

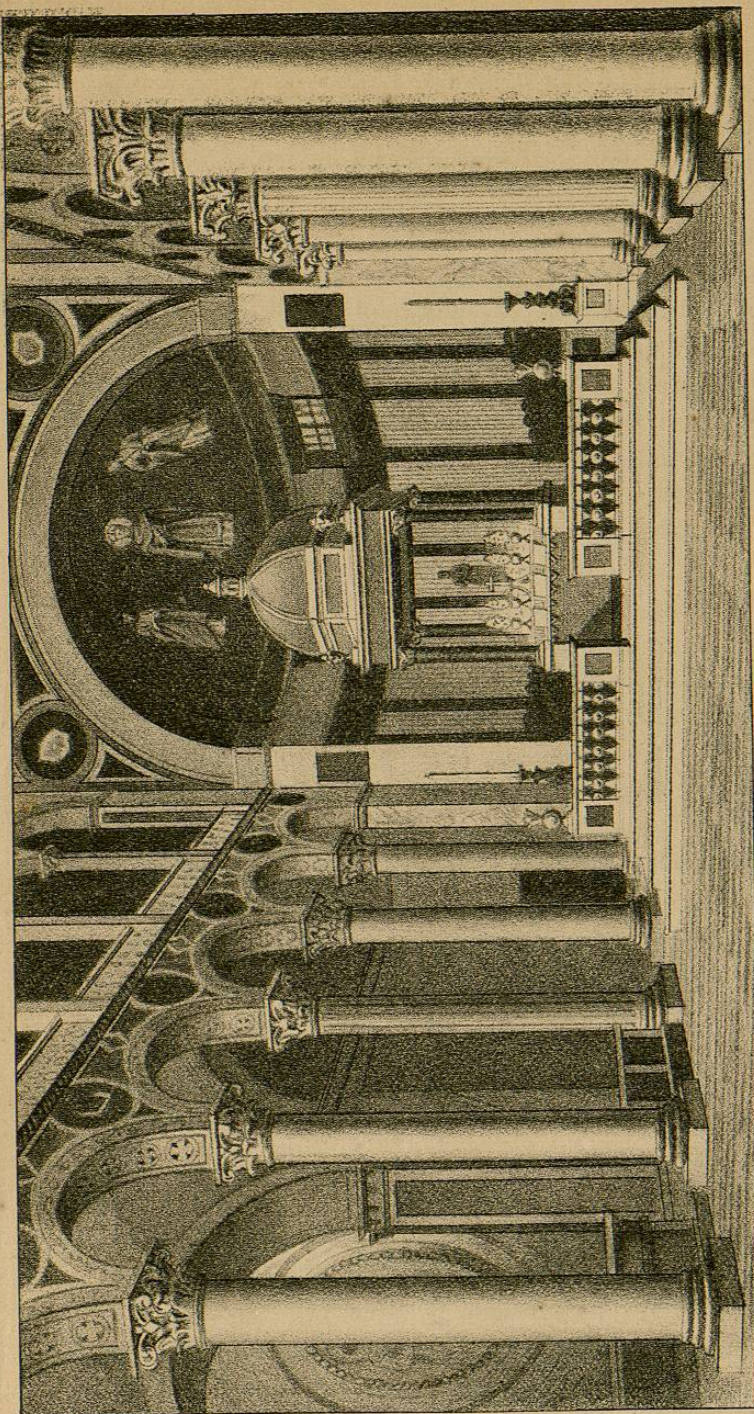
Tres de estas villas se hallan situadas en la Vía Nomentana en el camino para Santa Inés, á donde vamos á conducir al lector; una es la nombrada Patrizzi, que fué casi destruida en la revolución de 49 y ha sido después reparada; adelante se ve la Bolognetti; sigue la llamada Massini y al último la Torlonia. Esta es una de las más deliciosas y magníficas villas que embellecen las cercanías de Roma. El aspecto exterior es de lo más bello y pintoresco, y en el interior hay, según se nos refirió, espléndidos salones decorados con magnificencia, enriquecidos con pinturas y esculturas de gran mérito; habitaciones cómodas y ricamente amuebladas; un anfiteatro para las diversiones del día y un elegante teatro para los espectáculos nocturnos. Esta familia Torlonia se ha distinguido siempre por su catolicidad y por una particular adhesión á los Sumos Pontífices. Un honorable miembro de esta familia fué destituido de un elevado cargo en el Ayuntamiento de la Ciudad, por haber tomado parte en las manifestaciones que los católicos de Roma hicieron al Pontífice actual, con motivo de sus Bodas de Oro. Así se entiende allí, como en todas partes, la tolerancia que predicán los liberales que hoy se usan.

Llegamos al fin á Santa Inés. Constantino el Grande hizo edificar esta iglesia sobre el cementerio que llevaba su nom-

bre, en el sitio en que fué hallado el cuerpo de la Santa. Varias reedificaciones y restauraciones se la hicieron en el curso de los siglos, habiendo sido la última la que ordenó Pío IX en el año 1856, bajo la dirección del arquitecto Busini.

Unas inscripciones colocadas en el fondo de la iglesia contienen la historia de su reciente reparación y embellecimiento. El 12 de Abril de 1855, el Soberano Pontífice, regresando de una excursión que había hecho al oratorio y catacumbas de San Alejandro, se detuvo con todas las personas que le acompañaban, en el convento de Santa Inés. Hallándose en una sala correspondiente al patio llamado la *Canónica*, una plancha de madera que recibía el piso, rompióse súbitamente, y el Papa y sus acompañantes descendieron al cuerpo inferior. Por grande que fué el peligro, no hubo que lamentar ninguna víctima: Pío IX salió entre los escombros sano y salvo: algunas personas sufrieron ligeras contusiones. En acción de gracias á Dios por haber salvado la vida de su Vicario, éste dispuso que fuese restaurada la iglesia. Algunas personas de distinción ejecutaron el pensamiento de mandar construir en el sitio en que pasó el suceso, una magnífica sala que hicieron adornar en una de sus paredes con un gran fresco que lo representa. En dicha sala estuvimos antes de entrar en la iglesia.

Bájase á ésta por una muy amplia escalera de cuarenta y cinco gradas. Extraño y singular es el aspecto interior de la iglesia. Un vasto salón circundado por galerías laterales recibidas en diez y seis columnas de diferentes mármoles, sobre las cuales descansan otras tantas que sostienen el techo; una gran plataforma colocada en el extremo de la nave, que forman en el centro las dos hileras de columnas inferiores, prolongándose en el fondo en un ábside adornado con antiguos mosaicos del siglo VII; un baldaquino con cuatro columnas de muy bello pórfido; el altar mayor compuesto de piedras preciosas, recibiendo la estatua de la Santa titular cincelada en alabastro oriental y bronce; debajo del altar el cuerpo de la misma Santa: tal es el conjunto que abarca la vista del espectador al entrar en la iglesia dedicada á la in-



LIV. C. MONTAURIOL MÉXICO.

IGLESIA DE SANTA INÉS. EXTRA-MUROS.

signe heroína del Cristianismo. Examinando la decoración de frescos y de pinturas que cubren las paredes, no puede menos de prestarse un tributo de admiración á los artistas, que secundando las ideas del Sumo Pontífice, restauraron tan hábilmente la ornamentación antigua, procurando conservar el estilo de la época en que fué construida la iglesia. Llama la atención encontrarse un templo secular como éste, en el brillante estado de conservación en que aparece, sin que haya perdido nada de su carácter, ni la arquitectura, ni la decoración. Santa Inés puede considerarse en su estado actual como uno de los tipos más perfectos de las iglesias de los primeros siglos del Cristianismo.

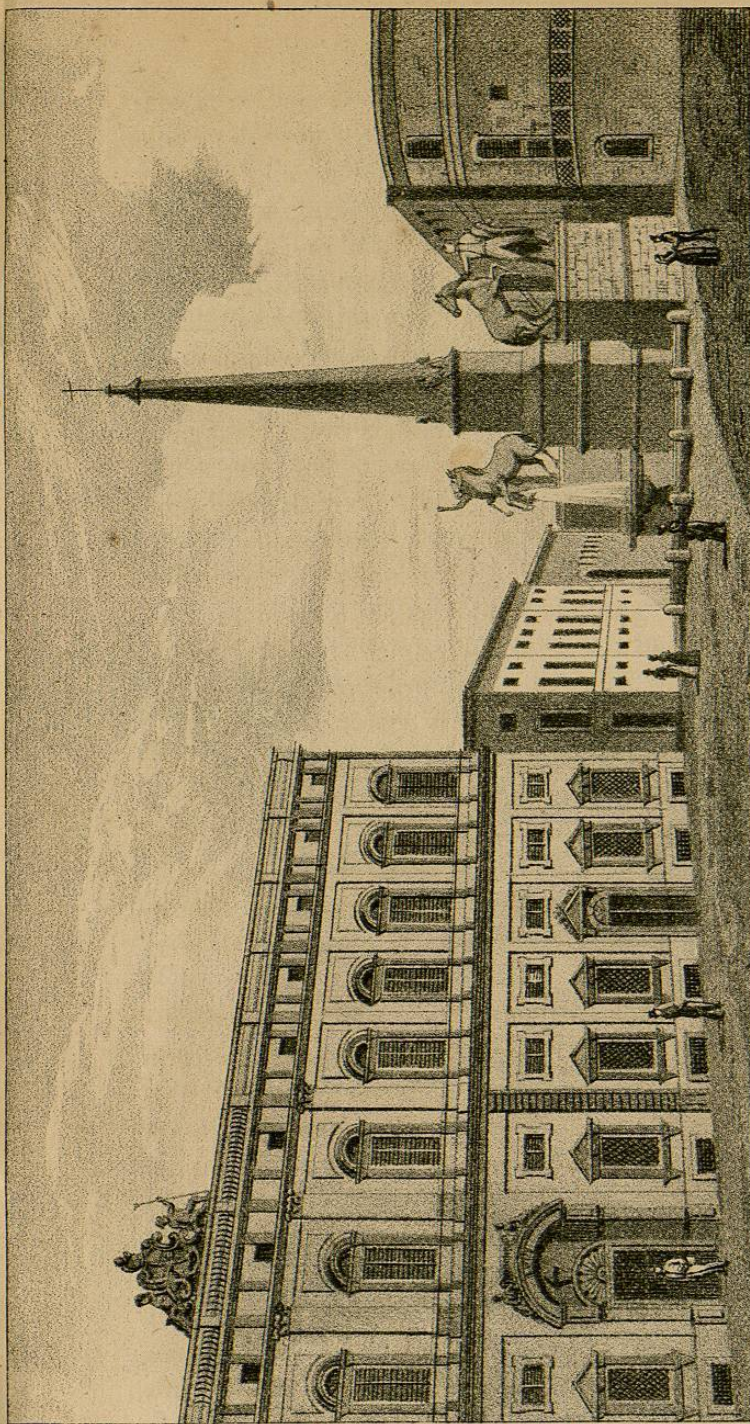
Después de visitar el templo nos dirigimos á la sacristía, en donde suplicamos á un eclesiástico que allí se encontraba, nos hiciese favor de proporcionarnos persona que nos condujese al interior de la Catacumba. Este buen señor tuvo la amabilidad de prestarse á servirnos de guía, y tomando unas delgadas velas de cera nos dió una á cada individuo. Nos acompañaba nuestro amigo el Sr. Lic. de la Garza y otro extranjero desconocido que venía en nuestro seguimiento. El estimable eclesiástico tuvo además la bondad de abrigarnos con una capa, manifestándonos que adentro se había de sentir mucho frío. Abrió en seguida la puerta que comunica con la sacristía; bajamos unos escalones y principiamos á entrar en la Catacumba. La oscuridad más completa reina en esas mansiones tenebrosas: á la luz de las antorchas apenas podíamos distinguir los objetos. Ibamos uno tras de otro, porque la estrechez de aquellas angostísimas calles así lo exigía. Penetrábamos silenciosos dirigiendo la vista á las paredes abiertas de arriba á abajo con nichos sepulcrales, la mayor parte descubiertos y casi todos ocupados con cadáveres; unos momificados, otros convertidos en osamenta, otros tapados con una capa de cierta sustancia como cal ó yeso: algunos nichos cerrados con alambros gruesos, y en todos inscripciones más ó menos inteligibles. En uno de tantos nichos, marcado con una palma, signo que demostraba hallarse allí depositados los restos de un mártir de la Fe, observamos al pasar que

se hallaba roto el alambrado. No pudimos resistir á la tentación de extraer un hueso para conservarlo; nos era posible hacerlo impunemente, porque el custodio iba por delante y nosotros éramos el último. Ya íbamos, lo confesamos, á consumir esta profanación, cuando nuestro amigo Garza volvió la cabeza, y justamente escandalizado, nos advirtió que estaba prohibido tomar algo de lo que encierran aquellos sepulcros. Comprendimos inmediatamente la justicia de dicha prohibición y dejamos en su lugar el hueso que ya habíamos cogido. Agradecemos su oportuna advertencia á nuestro amigo; pero á la verdad sentimos que nos la hubiera hecho, porque nos privó de haber adquirido una reliquia tan bien identificada, que habríamos conservado siempre con veneración.

No muy largo rato anduvimos recorriendo las excavaciones, y después de dar algunas vueltas, cuando acordamos, estábamos colocados en la entrada. Es aquello un laberinto en el cual quien no está práctico y muy práctico en recorrerlo, difícilmente podrá regresar por donde entró.

Este cementerio era llamado *Cæmeterium maius*, no precisamente por ser el más extenso, sino por su antigüedad. La tradición refiere que allí bautizó San Pedro. Lo que sí está averiguado es que su origen se remonta á los primeros tiempos del Cristianismo, como lo revelan el estilo de las inscripciones y los sobrenombres con que son designadas las personas.

Extrañamente impresionados con la visita de esta Catacumba salimos cabizbajos y pensativos, guiados por el mismo eclesiástico, quien nos condujo á otro pequeño templo cercano al de Santa Inés, venerable también por su remota antigüedad, que alcanza á los tiempos de Constantino el Grande. Llámase la iglesia, de Santa Constancia, y se cree haber sido edificada por dicho emperador para hacer bautizar á las dos Constancias, su hermana y su hija. Un sarcófago de pórfido que depositaba las cenizas de Santa Constancia y existía en dicho templo, y fué trasladado al Vaticano, es una prueba de que la iglesia estuvo destinada para servir de tumba á la familia de Constantino. La forma del templo es la de una be



VISTA DE LA PLAZA DE MONTE CABALLO  
Y PALACIO DEL QUIRINAL.

lla rotonda de 22 metros de diámetro, adornada con 24 columnas apareadas que sostienen la cúpula, cuya altura excede con mucho al diámetro de la nave central. Circunda ésta otra nave concéntrica cerrada con gruesos muros, en los cuales se abren grandes ventanas parabólicas. En el centro de la rotonda está colocado el altar que contiene entre otras reliquias las de la Santa titular. Son curiosísimos los mosaicos que adornan las paredes, y pertenecen á una época muy remota de extremada decadencia. La parte exterior del edificio estuvo rodeada de un corredor, del cual apenas quedan vestigios. No lejos de esta iglesia existen unos muros de construcción antigua que se remontan al siglo VII; forman un recinto oblongo que se creyó por algunos era el Hipódromo de Constantino; pero parece fuera de duda que no era sino el cercado del cementerio de Santa Inés.

De regreso de nuestra expedición, volvimos á entrar por la puerta Pía, y siguiendo la dirección de la calle *Venti Settembre*, llegamos á la magnífica encrucijada de las cuatro fuentes, que da principio a la *Vía Quattro Fontane*. Cuatro soberbias fachadas de simétrica arquitectura, que tienen cada una en el centro un nicho con una estatua colosal de pórfido, forman el respaldo de las muy elegantes fuentes. Esta encrucijada puede considerarse como el principio de la subida al Monte Quirinal, donde se halla la plaza llamada de *Monte Cavallo*, en la cual está edificado el antiguo palacio de verano de los Pontífices, hoy residencia del rey Humberto I. Continuando nuestro camino por la prolongación de la avenida *Venti Settembre*, nos hallamos á poco andar en frente del grandioso monumento, formado con el obelisco que adornaba el mausoleo de Augusto y los dos grupos colosales de Castor y Pólux, deteniendo unos briosos caballos. Sixto V hizo colocar en el sitio en que hoy se hallan, las estatuas, y Pío VI mandó erigir el obelisco en el centro del monumento. Pío VII lo enriqueció instalando allí, para formar una hermosa fuente, la gran taza de granito oriental de 24 metros de circunferencia, que fué encontrada en el *Forum Romanum*.

Obras maestras de escultura son considerados los grupos